



## Desmenuzando unos textos empapados de vida

Iniciamos la celebración eucarística de este domingo XIV del tiempo “**per annum**”, con un texto del salmo 47 (48), 9 que dice así: *“Oh, Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo”*. San Ambrosio, comentándolo, afirmará que el verdadero templo de Dios es Cristo y la Iglesia es su cuerpo. Es en el marco de la Comunidad Cristiana donde hemos de meditar la Palabra proclamada en la asamblea litúrgica.

En este día, se nos narra la vocación del profeta Ezequiel. Es enviado a un pueblo rebelde que tiene el corazón endurecido; el mismo mal que Jesús encontró “*en su ciudad*”, tal como nos narra el evangelio de hoy, y que fue causa de admiración para el Señor puesto que hacía imposible florecer la fe.

### La casa interior

El corazón en la Biblia, en la tradición de la sabiduría de Israel y luego en los escritos del Nuevo Testamento, no tiene idéntica equivalencia en el lenguaje actual.

Cuando hablamos de él, en nuestro contexto sociocultural, hacemos referencia, en primer lugar, a la vida afectiva, a las emociones, a los sentimientos que tienen en él su raíz: “**Nuestro corazón ama u odia, es tierno o cerrado, acoge o rechaza**”.

El **corazón**, en el lenguaje de la Sagrada Escritura, es el ‘lugar’ espiritual de la presencia de Dios. Es donde el Altísimo habla, educa, juzga, se hace presente y mora.

En el cristianismo oriental si dice que el corazón es **τόπος τοῦ θεοῦ** es decir: lugar de Dios. En el occi-

dente latino se le denomina la **domus interior** o sea: la casa interior.

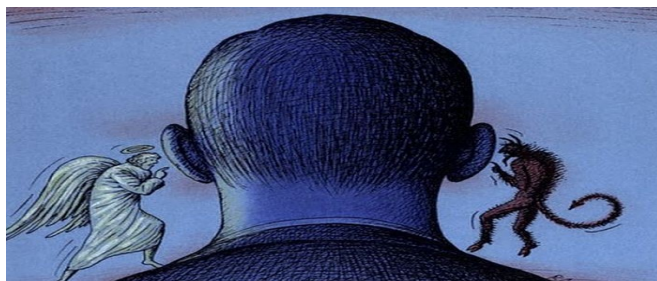
Toda nuestro obrar, sentimientos, pensamientos en él encuentran su fuente, de ahí la necesidad de ser alcanzado por la Palabra de Dios. Escuchar es el quehacer primario del hombre ante Dios, y lo hacemos cuando sus palabras descienden a lo más profundo de nuestro ser y son acogidas, meditadas, recordadas, pensadas y guardadas con perseverancia, para que, gracias a su dinamismo inspirador, se conviertan en acción y todo este quehacer, dentro de la comunión de la Iglesia. De ahí los versículos con los que iniciamos la celebración.

### Una enfermedad del alma: el corazón endurecido

Pero, sin esta calidad de vida interior, nos abrimos a la terrible experiencia que los profetas llamaron **sklerokardía/σκληροκαρδία** (Jer 4:4; Ez 3.7; Sal 94 [95],8), dureza de corazón.

El término esclerocardía está compuesto por dos palabras de origen griego, **σκληρός** (esclerós) que significa “duro” y **καρδία** (cardía) “corazón”. En sentido amplio y por analogía, la “**esclerocardía**” habrá que entenderla como una “**enfermedad**” del alma, que lleva a alejarse de la voluntad de Dios y a distorsionar el plan del Creador.

Lo que nos puede llevar a esta situación interior pueden ser varias: experiencias dolorosas; crear un mundo cerrado en uno mismo, en los propios proyectos; es...la obstinación; traducción de la palabra hebrea **zed**,



(**ἤ**) que significa presuntuoso, creído y orgulloso (Pv.11, 2; 13,10; Jer.49,16). Lo contrario de la humildad.

San Gregorio el Sinaita comenta que quienes se deciden por el seguimiento de Cristo, a los “**oídos de su corazón**” se insinúan dos fuerzas: la del bien y la del mal. Cuando el mal es acogido en forma de pensamiento, se va extendiendo, por falta de vigilancia, como una especie de marea negra que va contaminando nuestro “**mar interior**” impidiendo que florezca la vida bautismal. Los síntomas pueden ser:

**1º Nuestra forma de pensar se hace rígida.**

**2º La fuerza interior se debilita dando paso a la mediocridad espiritual.**

**3º Nos hacemos insensibles a lo que Dios nos pide hoy. No llegamos a conocer su verdadera vida.**

San Máximo el Confesor, monje, teólogo y erudito cristiano, considerado Padre de la Iglesia del s. VII, pone en alerta a fin de que la interioridad no se convierta en un taller de malas inclinaciones que lo contaminan todo, creando relaciones inapropiadas con lo que nos rodea.

De ahí el consejo de un autor anónimo de la Edad Media, canónigo regular premonstratense: “*Lee la Escritura porque es luz y puerta de vida. De ella brota una fuente que sana el corazón. Sus palabras fluyen suavemente como corriente de agua sobre la hierba. Al leerlas y meditarlas, cada uno descubre la fuente del bien. Algunos, al leerlas, se vuelven a menudo sabios*”.





## Orando en la escuela de los salmos

### Un salmo para rumiar

Sal 122, 1-2a. 2bcd. 3-4 (R.: 2cd)



**A ti levanto mis ojos,  
a ti que habitas en el cielo.  
Como están los ojos de los esclavos**

**fijos en las manos de sus señores.**

**Como están los ojos de la esclava**

**fijos en las manos de su señora,**

**así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro, esperando su misericordia.**

**Misericordia, Señor, misericordia,  
que estamos saciados de desprecios;  
nuestra alma está saciada  
del sarcasmo de los satisfechos,  
del desprecio de los orgullosos.**

**La** vivencia de la fe, con seriedad y compromiso, siempre resultará incómoda en sociedades como la nuestra, que pasa del hecho religioso y se trabaja por crear un pensamiento único donde el compromiso del evangelio quede reducida a la esfera de lo privado. Es el fruto de la dureza de corazón. ¿Qué hacer? ¿Fortalecer nuestra identidad y devolver el ataque? ¿Callar?

El salmo 122 (123) pertenece al grupo de los llamados salmos graduales y refleja esta situación de dolor y desconcierto, que se dio en tiempo de los macabeos en los que la impiedad y el abandono de Dios era lo habitual, haciendo sufrir y humillando a quienes “tenían el atrevimiento de mantenerse fieles a la Alianza meditando sus decretos y caminando por sus sen-

das”.

Es una oración que se hace mirada. Parece que en ella no hay palabras, y el silencio que rezuma es impresionante; pero es una mirada rica en significado: no es un mirar para observar, para comprender, para tomar posesión de lo que se mira. ¡Es una mirada para recibir y acoger!.

La fuerza de este salmo está en los ojos y en las manos. Los ojos son los de un pobre enrojecidos por las lágrimas. Son los nuestros que sólo necesita comprensión y misericordia. Ojos acostumbrados, entre el desprecio y el ridículo que acompañan a cualquier esclavitud, a mirar las manos de los amos más con miedo que con confianza. Pero, en este caso, son las de Dios: manos que crean, que buscan, que levantan, que fortalecen, que bendicen, que redimen.

Teodoreto de Ciro, obispo que fue de esta ciudad en el siglo V, comentándolo afirmará: “*Invocamos tu misericordia no porque nos sintamos merecedores de ayuda, sino porque nos hemos convertido en objeto de desprecio*”.

El salmo nos invita a un serio encuentro con el otro, no desde la confrontación, sino desde un corazón saneado por la Palabra que siempre recrea y enamora. Rezando por él, haciéndole bien, demostrando con las obras lo que a veces no se puede hacer con las palabras.



## En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis**

**DOMINGO XIV “PER ANNUM” “B”**



**Un texto para guardar en la memoria del corazón**

Ezequiel 2, 2-5

**En** aquellos días, el espíritu entró en mí mientras me hablaba, me puso en pie, y oí que me decía:... “Esto dice el Señor”. Te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, reconocerán que hubo un profeta en medio de ellos.

Marcos 6, 1-6

**E**n aquel tiempo, Saliendo de allí se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él. Les decía: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa». No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.